

## CONFERENCIA XX

EL HEROÍSMO CRISTIANO

1. **El reproche de fanatismo.**—Cuando el mundo se halla en presencia de un adversario con el cual no se atreve á medirse, ó que representa una causa inatacable, emplea una arma terrible de combate. Procura deshonrarlo por todos los medios posibles, de tal suerte, que quien se aprecia á sí mismo, aléjase de él con horror. Mátales de lejos con sus flechas invisibles, no físicamente, sino,—lo que, según el Apóstol, es todavía peor, <sup>(1)</sup>—espiritualmente, ó, como ordinariamente se dice, moralmente; y, por fin, se lo representa como no gozando de sus facultades, como un fanático, como un loco.

Para un hombre de honor, es este un martirio semejante al que los perseguidores de los cristianos hicieron sufrir á San Casiano, cuando ordenaron á sus discípulos que lo mataran con los estilos de que se servían para escribir, suplicio tanto más doloroso y lento cuanto que más débiles eran los verdugos.

Con profunda verdad dijo sobre esto el antiguo poeta:

«¡Qué espectáculo! La piel del mártir se llena de millares de heridas. Verdad es que cada punzada es ligera, pero, en cuanto á su malicia, es hecha de mano maestra. Vemos que los niños sacian en él su odio y su venganza con refinamientos de crueldad. Porque cuanto más débil es el niño, más dolorosos son los tormentos que hace sufrir». <sup>(2)</sup>

Digamos para nuestro consuelo que el Salvador y sus

(1) I Cor., IX, 15.

(2) Aurel. Prud., *Peristeph.*, 9, 12 y sig., 42 y sig., 60 y sig., 68 y sig.

santos aceptaron también esta especie de aniquilamiento.

Llenos de confusión en presencia de la soberanía y majestad del Hijo de Dios encarnado, Herodes y sus cortesanos no supieron hacer otra cosa que mofarse de la Sabiduría Eterna. <sup>(1)</sup>

San Pablo debió igualmente experimentar que nadie se vanagloria impunemente de la locura de Jesucristo. <sup>(2)</sup> El mundo tomó esto á la letra, y le dijo. «Eres un loco, lo que no es extraño, porque estudias demasiado». <sup>(3)</sup>

Y nuestros Padres en la fe, esos héroes de la santidad, esos mártires de la verdad, recibieron del mundo, que no era digno de ellos, los mismos insultos.

El mundo es siempre el mismo. Cuando leemos las venenosas calumnias que circulaban en la época de las persecuciones, parécenos ya ver manos á la obra á esas bandadas de escritores famélicos que, en tiempos de José II, habían recibido de jefes secretos la misión de cubrir de lodo las instituciones de la Iglesia, y de hacerlas despreciables. Porque entonces, como en los tiempos más groseros del libre pensamiento, todo un diluvio de insultos inundaba ya á los confesores de la fe, al calificarlos de ignorantes, de enemigos de la luz, <sup>(4)</sup> de charlatanes insensatos, <sup>(5)</sup> de cabezas nebulosas, <sup>(6)</sup> de perturbadores, <sup>(7)</sup> cerebros rajados, <sup>(8)</sup> de locos, <sup>(9)</sup> de fanáticos, <sup>(10)</sup> sin hablar de calificativos todavía más vulgares é injuriosos.

¡Fanáticos y fanatismo! Tales son las palabras con que nuestra época resume, poco más ó menos, todo lo que los antiguos días se esforzaban en expresar con toda una serie de términos infamantes.

(1) Luc., XXIII, 11.

(2) I Cor., IV, 10.

(3) Act. Ap., XXVI, 24.

(4) Ori., *Cels.*, 1, 7. Minuc. Felix, *Octav.*, 8.

(5) Minuc. Felix, *Octav.*, 8.

(6) Tertullian., *Apolog.*, 4. Lactant., *Inst.*, 4, 13.

(7) Plinius, *Ep.* X, 97.

(8) Arnobius, 1, 28.

(9) Arnobius, 2, 34. Lactant., *Inst.*, 4, 13.

(10) Tacit., *Annal.*, 10, 44. Sueton., *Nero*, 16.

Cuando se trata de disparar, abierta ó secretamente, una flecha con la cual cree uno poder matar espiritualmente á la Iglesia católica, comiézase siempre por sumergir la punta en este veneno. Espérase que ocurrirá con ella lo que con Filoctetes, el cual, lleno de disgusto á su vista, le abandonará el mundo á sí misma.

De lo contrario, se comprendería difícilmente la predilección con que se miran estas horribles palabras. La muerte sangrienta de los mártires, las luchas grandiosas de los Padres y Doctores por la integridad y pureza de la fe, la vida religiosa, el cuidado para asegurar la castidad del corazón, la pobreza voluntaria, la virginidad, el sacrificio por los enfermos, la vida continua de oración, todo esto es fanatismo.

En el Salvador era demencia; en los Apóstoles locura y escándalo; <sup>(1)</sup> en nosotros, fanatismo.

Muestra ello que se teme en la Iglesia católica el mismo poder que el del Maestro mismo: Ahora bien, su discípulo no debe desear ser tratado mejor que Él. <sup>(2)</sup>

**2. La generosidad como virtud cristiana y como deber.**—Sin embargo, no formulemos un juicio severo. Al perdonar en la cruz á sus verdugos porque no sabían lo que hacían, diónos Nuestro Redentor un gran ejemplo que debemos imitar.

No, el mundo no sabe lo que dice al condenar la vida perfecta como una extravagancia y una exageración insensata. Tampoco sabe por qué frente á cada sabio y á cada hombre importante, experimenta un temor secreto, y de buena gana se persignaría ante él como si hubiese hecho un pacto con el diablo. Tampoco sabe por qué considera como una locura que un profesor estudie siempre más, que tal poeta lime siempre sus versos y que tal artista mejore sin cesar sus obras maestras.

No conociendo nada más elevado que lo que se arrastra sobre la tierra, contento con tal que se realice bien ó mal

(1) I Cor., I, 23.

(2) Matth., X, 24. Luc., VI, 40. Ioan., XIII, 16; XV, 20.

lo indispensable, no puede familiarizarse con esa disposición de alma que encuentra únicamente su satisfacción en lo que es verdaderamente grande y sólido. Frente á todo lo sublime, experimenta una impresión desagradable, se siente sobrecogido de terror.

¿Cómo, pues, podrá apreciar á nuestros santos, por cuyas venas circula, como dijo el poeta, «la sangre generosa de los caballeros?» <sup>(1)</sup> ¿Cómo podría familiarizarse con la virtud cristiana, que rechaza como falta toda estrechez y toda mezquindad, <sup>(2)</sup> y exige de cada uno que por lo menos esté dispuesto á emprender todo lo que hay de más grande, y á soportar lo que el cumplimiento del deber y la perfección del corazón le imponen como más difícil? <sup>(3)</sup>

Predica ella á cada uno la necesidad de aspirar á la perfección del corazón. <sup>(4)</sup>

No es un vago sentimiento de honor lo que impone á todos los cristianos como deber, sino que es el honor en su forma más elevada, y la generosidad en cuanto forma parte esencial de una de las cuatro virtudes cardinales, la fortaleza. Tan importante la considera la teología, que la trata como virtud aparte, cuya práctica recomienda expresamente á todos los fieles. <sup>(5)</sup>

Bien comprendemos que es esto demasiado para el espíritu del mundo; pero no podemos por ello guardarle rencor. Nos contentamos con compadecerle sinceramente, si, en definitiva, dice que siente vértigos con sólo pensar en las alturas hacia las cuales emprendemos nuestro vuelo.

**3. Noción de la virtud heroica.**—Pero el que quiere subir á la montaña de Dios, no debe considerar como demasiado elevado lo que el hombre puede alcanzar; y tanto menos, cuanto que, con su gracia, le tiende Dios la mano

(1) Lohengrin, 2, 88, 5 (Junghans).

(2) Thomas, 2, 2, q. 133, 135.

(3) Thomas, 2, 2, q. 120.

(4) Psalm. LXIII, 8.

(5) Thomas, 2, 2, q. 129, a. 1, 2, 3, 4; Antonin., IV, tr. 3, c. 5; Vignerius, *Instit.*, 6, § 3.

desde lo alto del cielo, para elevarle hasta Él, haciéndole pasar por sobre todas las dificultades.

De aquí que no deba revelarse, si se ve sometido á exigencias que le imponen esfuerzos personales heroicos ó penosos actos de abnegación.

Semejantes cosas no se producen de un solo golpe, como un relámpago que hiende la nube. No hay que creer que Dios exige de sus santos sus más grandes acciones y sacrificios sin previa preparación.

Por otra parte, tampoco produce Dios sus más grandes milagros de la gracia á modo de una tempestad que quebranta las rocas y hunde las montañas. <sup>(1)</sup> Como la tibia brisa de la primavera, penetra Él dulce y lentamente en el alma, sin hacerle violencia. Si responde jovialmente á su acción, crecerá, bajo la influencia de nuevas gracias, más y más en fortaleza, en valor y en generosidad, y, finalmente, considerará como completamente naturales las cosas más extraordinarias. <sup>(2)</sup>

Las mayores acciones de los santos no son más que el resultado final del aumento constante de la armonía entre la gracia y la fidelidad humana.

Tal es la definición de la virtud heroica. <sup>(3)</sup>

El que por ella comprendiese un súbito desbordamiento, sumergiendo la inteligencia y arrastrando la voluntad á actos incomprensibles, tendría razón para hablar aquí de fanatismo. Pero semejantes erupciones ni siquiera son prácticas virtuosas, porque la virtud no existe jamás sin la razón y sin una voluntad consciente; con mayor razón, pues, no son virtudes heroicas.

La virtud heroica en nada difiere de la virtud ordinaria en cuanto á la especie. <sup>(4)</sup> No es más que la virtud ofrecida á cada cristiano por la ley de Dios, pero practicada en el grado más perfecto. <sup>(5)</sup> Para que uno pueda decir de

(1) III Reg., XIX, 11, 12.

(2) Ludov. a Ponte, *Marina de Escobar*, 1, 23, 1, 2.

(3) Philipp. a S. Trinit., *Theol. myst.*, III, tr. 2.

(4) Benedict. XIV, *Canonis*, 3, 22, 2; Schram, § 115, II.

(5) Thomas, 3, q. 7, a. 2, ad 2. Rossignol., *Perf.*, 3, 2.

alguien que posee la virtud en grado heroico,—y la Iglesia, como es sabido, exige este testimonio de todos los que juzga dignos de ser colocados sobre los altares—tres cosas son necesarias.

Primeramente, no basta que se haya distinguido en una virtud aislada. La antigüedad, como hemos visto, se contentaba con esto. <sup>(1)</sup> Y todavía hoy, coloca el Humanismo sobre la cabeza de su héroe una aureola de santidad fácilmente adquirida, cuando realiza una acción brillante. Pero, según la doctrina cristiana, no hay virtud aislada. Todas las virtudes están íntimamente enlazadas entre sí; <sup>(2)</sup> allí donde no hay más que una, es mentirosa é imperfecta. <sup>(3)</sup>

De aquí que, entre nosotros, sólo puede llamarse un héroe de virtud el que posee todas las virtudes cristianas propiamente dichas, la fe, la esperanza y sobre todo la caridad; el que posee igualmente, entre las virtudes humanas, por lo menos las que su profesión y sus obligaciones exigen de él; y el que, en el curso de su vida, ha tenido ocasión de practicarlas en grado eminente. <sup>(4)</sup>

En segundo lugar, tal ó cual acción extraordinaria. Preciso es, además, dar prueba de fidelidad completa á todas sus obligaciones grandes ó pequeñas. <sup>(5)</sup>

Sólo en razón de estos esfuerzos generosos para llegar á la perfección, tienen importancia ciertas obras notables aisladas.

Si, en tercer lugar, en un momento dado, puede uno comprobar, sobre la base formada por pequeñas virtudes y el cumplimiento de deberes ordinarios, algunas acciones extraordinarias, que supongan gran esfuerzo, ó una abnegación personal considerable, estaremos en presencia de lo que llamamos vida heroica y virtud heroica. <sup>(6)</sup>

(1) V. Vol. II, Conf. XVI, 5.

(2) Augustin., *Trin.*, 6, 4, 6. Thomas, 1, 2, q. 65.

(3) Gregor. Magn., *Mor.*, 22, 2. Thom., 1, 2, q. 65, a. 1, ad 1.

(4) Benedict. XIV, *Canonis*, 3, 21, 15.

(5) *Ibid.*, 3, 21, 11.

(6) *Ibid.*, 3, 21, 10; 22, 3. Anton. á Spir. Sancto, *Director Myst.*, tr. 4, d. 3.

4. El orden del justo medio en los dominios de lo sobrenatural.—Ahora bien, precisamente exigencias tan sanas y reflexivas como éstas son las que nos permiten aquí, en que hablamos de la práctica más elevada de las virtudes cristianas, atribuir igualmente al Cristianismo, en el dominio sobrenatural, el mismo título de honor que le hemos reconocido en el terreno de la moral natural, á saber, el orden de la justa medida.

Mientras que las religiones de los antiguos pueblos clásicos—la de los griegos por lo menos—se deshonraron con frecuencia con los desórdenes más insensatos; mientras que las religiones de Oriente, en particular el mahometismo, el budismo y brahmanismo, han degenerado en un fanatismo tal, que nos autorizan á creer que han sufrido influencias diabólicas; mientras que el espíritu sectario brotado del protestantismo, á saber, el metodismo, el cuakerismo, el shakerismo, hasta el ejército de salvación, rivalizan con las orgías dionisiacas y los cortejos de derviches danzadores para remedar todo lo que es verdaderamente religioso, el observador algo perspicaz que se acerca á nuestros santos dominado por los mayores prejuicios, quédase asombrado del candor y de la sencillez infantil que conservan en medio de sus obras de penitencia y de caridad.

¿Quién podría esperar jamás que uno de esos indos, corroidos por la miseria, con uñas y cabellos desmesuradamente largos, y á quien el pueblo venera como á un semidiós, descendiese del árbol en que permanece durante años? Pues bien, San Simeón Estilita alzó el pie para abandonar su columna, antes de que la orden que debía poner á prueba su obediencia fuese completamente terminada. (1)

El fariseo hace anunciar por las calles, á son de trompeta, que ayuna y da limosna. (2) El discípulo de Jesucristo no permite que su mano derecha sepa lo que hace la izquierda, y se perfuma para que nadie sepa que ayuna. (3)

(1) Evagrius, *Hist. eccl.*, 1, 13 (Migne, 86. 2456, a).

(2) Matth., VI, 2.

(3) Matth., VI, 3, 17.

El estoico cree perjudicar á su virtud y á su sabiduría, si desciende hasta los pecadores y descarriados, hasta los desgraciados, ó, como dice en su orgullo, hasta los insensatos. Según él, el sabio no perdona á nadie una falta (1) ni tiene piedad de nadie; la piedad es una enfermedad intelectual, un vicio del alma. (2) Nuestros santos, por lo contrario, se agotan en el servicio de los pobres, de los enfermos, de los moribundos, de los pecadores, de los escépticos, de las víctimas del vicio. Y lejos de encontrarse abrumados, exclaman con Santa Catalina de Sena: «¡Ah, Señor! ¿Cómo podría yo descansar, mientras una sola alma creada á tu imagen esté expuesta á perderse? ¿No valdría más que todos los hombres se salvaran, y que yo sola me condenase, á condición, no obstante, de amaros?» (3)

Una piedad falsa quiere obtenerlo todo de repente, como el insensato sin experiencia, el cual, en un día, llega á caballo más lejos que un hombre prudente en dos, y que hace correr á su pobre bestia hasta que se rinde, porque no sabe dirigirla. (4)

La verdadera perfección marcha con paso sólido y reposado, sin esfuerzos violentos y sin medios artificiales, porque tiene confianza en la verdad de las palabras en que se encuentra oculto el secreto de sus éxitos: «Mediante vuestra paciencia salvaréis vuestras almas». (5)

#### 5. Exageraciones incompatibles con la perfección.

—Para hablar sin rodeos, la exaltación y el fanatismo no pueden conciliarse con la verdadera perfección. Toda exageración, es en detrimento de la verdadera virtud.

No decimos que un ligero exceso en la mortificación ó en las prácticas de penitencia destruya toda santidad; pero sí afirmamos con seguridad que si un santo hubiese lle-

(1) Stobæus, *Sermo*, 44 (Anrelæ Allob., 1609, I, 311, 9).

(2) Séneca, *Clement.*, 2, 5, 6; *Ira*, 2, 17. Ciceró, *Tuscul.*, 3, 9, 10; 4, 8, 20, 26.

(3) Raimund., *Vita S. Cathar. Sen.*, Prolog., 15.

(4) *Parzifal*, 161, 17 y sig. (Bartsch, 3, 1363 y sig.); Cf. Thomasin, 9967 y sig.

(5) Luc., XXI, 19.

vado la práctica de la virtud á un grado irracional, y si hubiese violado únicamente, en diferentes repeticiones, la modestia, la prudencia, la templanza, ciertamente la Iglesia no lo hubiera juzgado digno de ser canonizado.

Por otra parte, ningún peligro amenaza tanto á los santos como el de la exageración. Quien conozca el camino de la perfección, debe decir que Dios, en su sabiduría, casi lo ha hecho inaccesible á este enemigo.

Desde luego, lo ha colocado, desde el principio hasta el fin, bajo la vigilancia de la obediencia. El que se sustrae á la ley de la obediencia, renuncia en el acto á la posibilidad de llegar al fin de la perfección.

Ahora bien, vemos aquí la gran seguridad que ofrece esta ley tan desdeñada.

Puede ocurrir que una dirección espiritual inepta, se convierta en obstáculo para el celo. Y, de hecho, paraliza con frecuencia el entusiasmo. ¿Qué es lo que no han tenido que sufrir los santos de parte de superiores limitados y violentos, de directores tercios ó tímidos? Á pesar de ello, las ventajas que han obtenido de estos tratamientos han superado de mucho al perjuicio sufrido. Su fortaleza se hizo más resistente, su valor más viril, su virtud más sólida y, ante todo, ganaron lo siguiente, á saber, que nadie puede reprocharles de haberse complacido en las exageraciones.

En segundo lugar, toma Dios por sí mismo las medidas necesarias para hacerles perder la afición á los excesos, si alguna vez pudieran abrirla.

Un niño que da sus primeros pasos, y que siente bullir en él sus primeras fuerzas, experimenta el deseo de jugar y de saltar. Dejámosle obrar, porque más tarde, bajo el peso de la vida, no tardarán en moderarse sus arranques. Así, el principiante en la vida espiritual siente á veces la tentación de entregarse á pequeños excesos. Pero ¿quién se atrevería á exagerar esto? Dejemos, pues, á los niños esa petulancia que les es propia. Por desgracia, será de corta duración. Dios no es uno de esos educadores que co-

rrompen á sus discípulos con golosinas, ó que quiere hacerlos sabios con juegos. Cuanto más decidido designio tiene de hacerlos subir muy alto en la perfección, más á prueba pone su seriedad, más severamente castiga sus pequeñas infidelidades, más inexorablemente los purifica de sus imperfecciones en el horno de la adversidad.

Asombrados nos quedamos á la sola lectura del modo como Dios hace pasar á sus elegidos por el fuego y el martillo de la purificación pasiva, para separar por completo el oro puro del mineral que lo envuelve.

La bienaventurada Angela de Foligno dice que Dios la trató como si se hubiese suspendido á alguien sobre un gran fuego, con los brazos atados á la espalda. <sup>(1)</sup> Santa Rosa de Lima declara que, en su tiempo de prueba, no sabía si estaba en el infierno ó en el purgatorio. <sup>(2)</sup> Y este estado duró en ella durante quince años. <sup>(3)</sup> En Santa María Francisca duró más del doble, treinta y seis años. <sup>(4)</sup> El que fuere capaz de creer que, en semejante escuela, no han perdido los santos toda inclinación al fanatismo y á los excesos, no se ganará ciertamente un certificado de inteligencia.

**6. Las acciones más heroicas como práctica del simple cumplimiento del deber.**—Pero desde el momento en que han puesto el pie en el camino de la perfección, jamás se han propuesto los santos realizar los sueños de una imaginación exaltada. Tampoco han sido jamás víctimas involuntarias de sentimientos involuntarios ó de una fuerza interior indomable.

Nos figuramos esto, únicamente para tener un falso pretexto que invocar contra su generosidad, y para poder justificar nuestra cobardía considerándola como moderación reflexiva.

Pero nos engañamos. No son ellos los que han hecho

(1) Arnaldus, *Vita B. Angelæ Fulgin.*, 2, 36 (Boll. 4 Jan.).

(2) Hansen, *Vita S. Rosæ Lim.*, 2, 165 (Boll. 30 Aug.).

(3) *Ibid.*, 2, 168.

(4) Richard, *Marie-Françoise des cinq plaies*, 298.